

**F. M. Dostoievski, profeta de la revolución:
las lecturas de A. Lunacharski y de N. Berdiáev**

Eugenio L. Arriazu

Resumen

Entre las conferencias y publicaciones realizadas con motivo del centenario del nacimiento de F. M. Dostoievski, destacan el libro de N. Berdiáev *El espíritu de Dostoievski*, cuyo prefacio está datado en 1921, si bien aparece en Praga en 1923, y la conferencia de A. Lunacharski *Dostoievski como artista y pensador*. Berdiáev, filósofo cristiano y existencialista, opositor del zarismo y socialista, también se opone a la revolución bolchevique, principalmente por motivos religiosos, y muere finalmente en el exilio. Lunacharski es marxista desde su juventud, Comisario Popular para la Instrucción Pública entre 1917 y 1929, y además miembro del Consejo Militar Revolucionario entre 1918 y 1922. Las posiciones políticas de ambos pensadores auguran puntos de vista diferentes sobre la obra de Dostoievski. Sin embargo, como veremos, esto se da a través de llamativas coincidencias. Entre ellas, la construcción por ambos, desde signos ideológicos contrarios, de Dostoievski como profeta de la revolución. Este trabajo está dedicado a analizar y contrastar dichas construcciones.

Palabras clave: F. M. Dostoievski, A. Lunacharski, N. Berdiáev, revolución, profecía.

En 1923 aparece en Praga el libro de N. Berdiáev *El espíritu de Dostoievski*, cuyo prefacio está datado en 1921. También en 1921, con motivo del centenario del nacimiento del autor de *Los demonios*, A. Lunacharski brinda su conferencia *Dostoievski como artista y pensador*. Recordemos que Berdiáev, filósofo cristiano y existencialista, opositor del zarismo y socialista, también se opone a la revolución bolchevique, principalmente por motivos religiosos. Berdiáev es arrestado por las autoridades soviéticas en 1920 y en 1922. La segunda vez, tras hacerle firmar un documento que prometía fusilarlo si se lo encontraba en la frontera, se le permitió exiliarse. Muere finalmente en Clamart, comuna de los suburbios de París, en 1948. Lunacharski, por su parte, quien también es de origen ucraniano y también fallece en Francia, en 1933 (no será nuestra última coincidencia) había sido marxista desde los 15 años, luego miembro del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia, bolchevique desde 1903, Comisario Popular para la Instrucción Pública entre 1917 y 1929 y además miembro del Consejo Militar Revolucionario entre 1918 y 1922. Las posiciones políticas de ambos pensadores auguran puntos de vista diferentes sobre la obra de Dostoievski. Sin embargo, como veremos, esto se da a través de llamativas coincidencias. En lo que sigue dedicaremos un lugar especial a la reposición

de la conferencia de Lunacharski con el objetivo de seguir su razonamiento y teniendo en cuenta que no se encuentra traducida al castellano.

La posición de Lunacharski nos interesa particularmente por dos razones. Primero, si bien la obra de Dostoievski tiene un lugar incómodo dentro del pensamiento soviético, la prominencia de Lunacharski y la consistencia de sus posiciones sobre Dostoievski, a juzgar por su artículo de 1929 sobre la polifonía en Dostoievski (en respuesta al trabajo de M. Bajtín) y las reediciones de estas posturas en 1931, permiten tomar sus posiciones como representativas del pensamiento oficial antes del período estalinista. Segundo, Lunacharski es un pensador sensible, escritor él mismo, que adopta puntos de vista comunes a otros pensadores marxistas de la época.

Con respecto a su erudición, valga la descripción que de él hace L. Trotski:

Recién salido de la escuela, Lunacharski asombraba por su talento polifacético. Obviamente, escribía versos, captaba fácilmente las ideas filosóficas, leía estupendamente en las veladas estudiantiles, era un orador extraordinario, y a su paleta literaria no le faltaban los colores. El joven de veinte años era capaz de leer ponencias sobre Nietzsche, de batirse a propósito del imperativo categórico, de defender la teoría del valor de Marx y de comparar a Sófocles con Shakespeare. [...] Más de un sacerdote de cátedra tuvo que ver en aquellos días, con la boca bien abierta, a ese vándalo que leía en media docena de lenguas modernas y en dos clásicas y que de paso, en forma inesperada, ponía de manifiesto una erudición tan vasta que alcanzaría sin dificultad para una decena de profesores.¹

La primera operación que realiza Lunacharski en su conferencia es profundizar la oposición potencial del título, *Dostoievski como artista y pensador*. Dostoievski es un «artista débil», dirá Lunacharski, «no hay perfección alguna de la forma en su obra. Pero esta debilidad se redime por completo gracias a lo titánico del contenido artístico».² Lunacharski separa así tajantemente forma y contenido, una posición que repetirá en 1924 en su artículo contra los formalistas y en 1929 en su artículo sobre el libro de Bajtín. Toma la frase de Maiakovski sobre quienes piensan que «la forma y el contenido en arte son lo mismo que un general en uniforme»³, pero sin su ironía, literalmente, para decir que el «general de Dostoievski anda muy frecuentemente incluso despeinado». Y luego, con

¹ Trotsky, León (2015): *Literatura y revolución*. Traducción de Alejandro A. González, Ediciones ryr, Buenos Aires, págs. 824-826.

² Луначарский, А. В.: «Достоевский, как художник и мыслитель» (Lunacharski, A. V.: *Dostoievski como artista y pensador*). En <http://lunacharsky.newgod.su/lib/raznoe/dostoevskij-kak-hudozhnik-i-myslitel>. Texto original en *Красная новь*, 1921. № 4. С. 204—211. Mi traducción de todas las citas del artículo.

³ *Ibid.*

respecto al contenido, apoyándose en una frase de Chéjov sobre el *Dios* de los artistas en tanto cometido artístico al que estos se dedican, Lunacharski concluye que Dostoievski «estaba hasta tal punto imbuido de su Dios, que se convierte tanto en artista, como en profeta y propagandista». ⁴

La segunda operación consiste en borrar la distancia entre autor y obra. Lunacharski asimila el autor a los personajes:

Puede ser que en su vida real no viviera en absoluto tan intensamente como cuando da a luz a sus héroes, todas esas personas que son sus hijos y que son él mismo bajo diferentes máscaras. Dostoievski está ligado a sus héroes por los lazos más estrechos. Su sangre corre por sus venas. Su corazón late en todas sus criaturas. Dostoievski no sólo los pare, crea sus imágenes. Los pare con dolor, con el corazón palpitante y con la respiración entrecortada. Dostoievski va al crimen con sus personajes. ⁵

Y como en él, en el grado más alto, se manifiesta la voluntad de vivir, la «comprensión de las profundidades más recónditas de la vida, posee el don de la profecía». ⁶

A partir de aquí todo se analiza en clave biográfica, sin mediaciones: «A Dostoievski le deleita la vida, le deleita apasionadamente, atormentadamente, hasta el dolor». ⁷ Y la prueba de ello será, paradójicamente, la confesión de Stavroguin, el capítulo recién encontrado de *Los demonios*, su novela más antirrevolucionaria.

Esta sintonía para con el sufrimiento revela, para Lunacharski, una contradicción: «En su alma, Dostoievski abrazaba a la Virgen María, pero iba corriendo al aquelarre con las brujas». ⁸ Dostoievski también tiene sus demonios. La contradicción, sigue Lunacharski, es la del artista y la del pensador. El artista «moja con frecuencia su mágico pincel en un pantano mugriento y disfruta de la mugre». ⁹ Pero el pensador no lo justifica y argumenta que el sufrimiento redime. «Dostoievski sabe comprender y sentir la armonía del ser». ¹⁰ Este deseo de armonía es el que lo lleva a participar del grupo de Petrashevski, por lo que sería condenado a la cárcel en Siberia. En esta época de su vida, Dostoievski siente «el encanto del socialismo utópico. ¡Sí, Dostoievski es socialista! ¡Dostoievski es

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*

un revolucionario!»¹¹. Pero la cárcel, unida a su tendencia al masoquismo y a la humillación, hará que triunfe el despotismo y mutile su alma, como con Gógol, como con Tolstói.

Por último, vemos cómo plantear el análisis de la obra de Dostoievski en términos de una contradicción personal le permite a Lunacharski rescatar al petrashevista. Incluso en su cristianismo, Dostoievski habría introducido «un máximo de revolución».¹² Dostoievski se da cuenta de que «la realidad y su cima, el Estado, contradicen no sólo su ideal de fraternidad y redención del hombre y su pecado, sino su ideal cristiano, la iglesia».¹³ Pero Dostoievski está dividido entre Iván y Aliosha Karamázov. «En las entrañas de su humilde y sabia visión arde el inferno».¹⁴ La contradicción hace posible entonces que aflore el patriota y se manifieste el don profético:

La fe en la esencia mística de la patria migra gradualmente de occidente a oriente, aunque comenzó en oriente y halló la expresión más tormentosa en las profecías bíblicas. Francia, en la época de la Gran Revolución, se proclamaba la antorcha del mundo, la expiadora de la humanidad y le declaraba la guerra a las cortes y paz a las chabolas. En la Prusia saqueada por Napoleón, el gran Fichte anunciaba que el pueblo de los filósofos y de los poetas, el profundo pueblo germano traería consigo la salvación de la humanidad. Luego la Polonia derrotada anunció por boca de Towiański y de Miskiewicz al nuevo Cristo del campesino polaco, sufriente y sediento de verdad. Y en su famoso discurso sobre Pushkin, Dostoievski, siguiendo a algunos eslavófilos, pero con mucha más plenitud, anunció que el pueblo ruso era el pueblo elegido. Precisamente por ser un pueblo rechazado, a partir de sus sufrimientos, de sus cadenas, puede el pueblo ruso, según Dostoievski, llevar en sí aquellas cualidades espirituales elevadas e imprescindibles que nunca adquiriría el occidente burgués. ¿Y entonces? ¿Debemos acaso dudar de esta profecía de Dostoievski en nuestros días? De hecho, Rusia cumple el papel de líder de todos los proletarios del mundo de occidente y de los esclavos coloniales de oriente.¹⁵

Dostoievski no sólo es entonces profeta de la revolución, sino que adhiere a ella:

Si Dostoievski resucitara, encontraría, por supuesto, colores lo suficientemente veraces y lo suficientemente vivos para hacernos sentir toda la necesidad de la hazaña que hemos realizado y toda la santidad de la cruz que llevamos sobre nuestros hombros. Dostoievski haría más. Nos enseñaría a encontrar placer en esta hazaña, a encontrar placer en el

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*

sufrimiento mismo y, con ojos llenos de espanto y admiración al mismo tiempo, a seguir el estruendoso curso de la revolución.¹⁶

El artículo remata ubicando a Dostoievski entre los profetas de la Revolución Rusa, a quienes no nombra. Surgen inevitablemente ante el lector los rostros de una nueva tríada revolucionaria: Marx, Dostoievski, Engels.

Antes de pasar a Berdiáev, notemos brevemente algunos resultados de las dos últimas operaciones retóricas citadas. Con el fin de hacer de Dostoievski profeta de la revolución, Lunacharski (¿inadvertidamente?) hace de la revolución el último eslabón de una cadena de destinos nacionalistas e imperiales. El socialismo proletario internacionalista de Lenin y Trotski queda redefinido ahora como patriotismo nacionalista. En la segunda cita, la revolución se convierte en la épica de la cruz y la cruzada.

En su libro ya mencionado, *El espíritu de Dostoievski*, Nicolái Berdiáev dice rotundamente sobre la relación entre Dostoievski y sus personajes:

El destino de sus héroes es el suyo propio, sus dudas y desdoblamientos son los suyos y los intentos criminales de sus personajes son los crímenes que oculta su propia conciencia. Por tal motivo, su biografía resulta mucho menos interesante que su obra¹⁷.

Analizar los personajes le permitirá a Berdiáev «reconstruir por medio de la intuición la entera visión de mundo [de Dostoievski]».¹⁸ Es decir, el libro de Berdiáev, más que un intento de caracterización objetiva de Dostoievski y su obra, es un intento de consolidar una filosofía. El autor lo declara sinceramente: «no sólo he tratado de descubrir la concepción del mundo de Dostoievski¹⁹, sino que he puesto gran parte de lo que constituye mi propia visión de mundo».²⁰ El libro resultante, magnífico, luminoso y polémico, habla tanto de Dostoievski como de Berdiáev. No deja de llamar la atención, no obstante, la sintonía entre Lunacharski y Berdiáev en su uso de lo biográfico como clave interpretativa. Veamos algunas otras similitudes.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Berdiáev, Nicolás (1978): *El espíritu de Dostoievski*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, pág. 23. Traducción de Marcela Solá.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 7.

¹⁹ El libro se titula literalmente *La concepción del mundo de Dostoievski* (Мирозозерцание Достоевского).

²⁰ *Ibid.*, pág. 5.

Para Berdiáev, la revolución se ha realizado «de acuerdo con Dostoievski». ¿Cómo llega a esta conclusión? Primero nos da una caracterización del «alma rusa»:

Los rusos se clasifican a sí mismos en “apocalípticos” y “nihilistas”, entendiéndolo por ello que no soportan un clima psíquico de término medio y que su temperamento los lleva irresistiblemente a los extremos. La misma tendencia excesiva, la misma necesidad de llevar las cosas hasta su fin los arrastra hacia esos dos polos que son el apocaliptismo y el nihilismo.²¹

Esta forma de ser, que lo diferencia del alemán o del francés, ya fue comprendida, nos dice, por Dostoievski, a quien cita: «“El nihilismo apareció entre nosotros porque somos todos nihilistas”, escribió Dostoievski en sus notas. Él estudia a fondo este nihilismo, que no es otra cosa, nuevamente, que un apocaliptismo al revés».²²

Berdiáev toma luego un tema caro a Dostoievski, que éste desarrollara sobre todo en la década de los 60, tanto en *El jugador* como en *Apuntes de invierno sobre impresiones de verano*, en donde recoge reflexiones motivadas por sus viajes por Europa: el ruso carece de forma. Para Dostoievski, hay una doble cara de la ausencia de forma. Por un lado, es la ventaja de Rusia sobre Europa. Rusia todavía no ha consolidado el sistema de explotación burgués que Dostoievski tanto detesta, carece de la formalidad leguleya del francés y su hipocresía de «libertad, igualdad, fraternidad». Rusia es, para Dostoievski, la esperanza europea de una auténtica fraternidad. La contracara es el arrebatado del jugador. Pero el desprecio por el dinero, la capacidad para jugarse todo, que lo destruye, es también en última instancia lo que lo redime, al menos como personaje pare el lector. Berdiáev dejará de lado la primera característica y enarbolará la segunda en su sentido negativo:

Mientras que la gente de Occidente se esfuerza en organizar el mundo históricamente, los rusos quieren llegar a la salida final por medio de un gigantesco salto. De ahí su antipatía por elemento formal, se trate del derecho, de la autoridad, del arte, de la filosofía o de la religión. Porque la forma supone una medida, establece límites, y esto es lo que rechazan en su rebelión el nihilista y el apocalíptico.²³

Y claro, si los rusos son así, como dice Dostoievski-Berdiáev, la revolución también:

El destino histórico de Rusia ha justificado la profecía dostoievskiana: la revolución se ha llevado a cabo en amplia medida *de acuerdo* con Dostoievski. Y por más destructiva y asesina

²¹ *Ibid.*, pág. 11.

²² *Ibid.*, pág. 12.

²³ *Ibid.*, pág. 13.

que se muestre, debe ser considerada sin embargo como rusa y nacional. En Rusia, la autodestrucción y la autoconsunción son características nacionales (pág.13).

La conclusión, efectista y cargada de activismo político, es insostenible desde cualquier punto de vista sociológico: la violencia política y la sangre derramada en cualquier guerra civil (española, por ejemplo) o revolución (francesa, por ejemplo) no se explican por las características psicosociales de sus pueblos.

Ahora bien, al igual que Lunacharski, Berdiáev llega a sus conclusiones eliminando, por un lado, las mediaciones entre autor y personaje, y separando forma y contenido, arte y pensamiento, por el otro. En un contraste extenso entre Tolstói y Dostoievski, en tanto creador apolíneo el primero y dionisiaco el segundo, leemos que «es posible, por otra parte, que Tolstói haya sido un artista más perfecto que Dostoievski y que sus novelas sean mejores como tales. [...] Pero, como pensador, Dostoievski es más grande que Tolstói, sabe más cosas...»²⁴

También al igual que Lunacharski, hay algo revolucionario en el autor mismo. Así como para el Comisario de Instrucción Pública Dostoievski había introducido un máximo de revolución en su cristianismo, para el filósofo existencialista Dostoievski «no está ligado a ninguna forma estable de vida; su temperamento es todo dinamismo, inquietud, espíritu revolucionario. Es un hombre apocalíptico y los eslavófilos jamás lo fueron. Encarna ante todo el destino que consideraba característico de su raza: el de nómada y rebelde».²⁵

Idénticos procedimientos los llevan, sin embargo, a conclusiones opuestas. Si bien Berdiáev, como Lunacharski, declara que en la obra de Dostoievski «encontramos todas las dudas y contradicciones posibles de su propio espíritu»²⁶, a diferencia de Lunacharski, Berdiáev no ve en la leyenda del Gran Inquisidor contradicción alguna. Por el contrario, ésta afirma la religión de la libertad. Para que el hombre sea libre, debe aceptar primero libremente a Cristo. Berdiáev lee en Dostoievski una dialéctica trágica entre la libertad del bien y la libertad del mal:

El hombre debe recorrer el camino de la libertad, pero ésta se convierte en esclavitud y le da muerte porque, intoxicado con ella, considera que nada hay por encima de sí mismo. Y si nada

²⁴ *Ibid.*, pág. 16.

²⁵ *Ibid.*, pág. 24.

²⁶ *Ibid.*, pág. 23.

hay por encima el hombre desaparece. [...] Si todo le está permitido, la libertad se vuelve esclava de sí misma, y un hombre esclavo de sí mismo está perdido.²⁷

En lo personal, dudamos de los crímenes por razones filosóficas. Pero, sea como fuere, el razonamiento de Berdiáev no se detiene aquí, seguirá extrapolando la psicología individual a la sociedad:

[Dostoievski] aplica sus descubrimientos en el terreno de lo individual, a los destinos de un pueblo y una sociedad. La pregunta de “si todo está permitido” se le presenta tanto a la sociedad entera como a un hombre particular. Y los mismos caminos que llevan al individuo al crimen conducen a la sociedad hacia la revolución sangrienta. Es un momento análogo del destino. Una vez que el hombre y el pueblo sobrepasan los límites de lo permitido, pierden su libertad tanto uno como otro. Ésta se transforma en esclavitud. La libertad sin Dios se destruye a sí misma. Dostoievski predice de manera profética el fatal proceso que lleva desde la revolución a la pérdida de la libertad.²⁸

La conclusión se desprende lógicamente de las premisas: el ateísmo crea el despotismo ilimitado. A todas luces falsa, dicha conclusión arroja un manto de sospecha, no sólo sobre el procedimiento de extrapolación, sino también sobre las premisas mismas del filósofo.

¿Qué conclusiones podemos extraer de los paralelos hallados entre las posiciones y argumentaciones de Lunacharski y de Berdiáev? En primer lugar, debemos aclarar que no nos interesa el punto de vista de la profecía. Aun escapando a sus matices religiosos, creemos con Lotman que es siempre una mirada retrospectiva del historiador, no una virtud prospectiva del individuo que la enuncia²⁹.

En segundo lugar, es posible ver que si tanto Berdiáev como Lunacharski, desde lugares ideológicos distintos, pueden recuperar la figura de Dostoievski como profeta, esto se debe a que participan de una lógica parecida. Una lógica que atraviesa más de un siglo, desde los socialismos utópicos de la década de 1820 hasta la revolución rusa misma: la crítica social con propuestas de salida utópica.

Es decir, así como Marx caracteriza brillantemente la lucha de clases y el funcionamiento del capitalismo en términos que hasta el día de hoy son útiles para pensar el capitalismo e imagina al mismo tiempo un fin utópico de la historia y de las luchas de

²⁷ *Ibid.*, pág. 60.

²⁸ *Ibid.*, pág. 112.

²⁹ Cf. Lotman, I. (1999): *Cultura y explosión*, Gedisa, Barcelona, pág. 180. Trad. de Delfina Muschietti.

clase tras la dictadura del proletariado, así Dostoievski tiene su doble eje: la crítica al sistema burgués y la utopía de la fraternidad (esto más allá de la presencia inevitable o no del mal en la sociedad).

Marx pone al proletariado en el lugar del «pueblo elegido». Dostoievski a su nación, Lunacharski al proletariado ruso. Pero es sintomático que precisamente Lunacharski no construya su Dostoievski apelando al espíritu antiburgués del autor. Berdiáev, por supuesto, también lo ignora, sin que esto llame la atención. Se puede pensar, entonces, que en el momento de la lucha revolucionaria (Lunacharski) y contrarrevolucionaria (Berdiáev) en que se encuentran, los discursos se hacen un poco panfletarios, se pierden las mediaciones (entre autor y obra, por ejemplo) y las sutilezas (unidad de forma y contenido, por ejemplo). La simplificación de la crítica y las necesidades retóricas anclan finalmente en la figura del profeta, funcional a los utopismos y que ambos bandos se disputan. A cien años de los eventos, y en un contexto de desencanto utópico, nos parece que tanto Lunacharski como Berdiáev hablaban el mismo idioma: estaban presos de una lógica de cruz, imperio, revolución y contrarrevolución que, en última instancia, compartían con Dostoievski.